



Leónidas

JOSÉ MARTÍNEZ TORRES

Cuento para José Rodrigo inspirado en la fábula de Fray Matías de Córdova
La tentativa del león y el éxito de su empresa (1803).

Había una vez un león llamado Leónidas. Vivía con sus papás bajo las rocas de una cueva. Cuando era bebé, parecía un gato, pero ahora le habían crecido las patas y la cabeza y en poco tiempo sería tan grande como los demás leones de la manada, con sus enormes garras, con su gran rugido y todo.

Por la noche, la cueva se ponía oscura como boca de lobo --bueno, como boca de hipopótamo, que es la boca más grande que Leónidas había visto en su vida.

Una vez, en medio de la oscuridad, Leónidas dijo ggrrrrrr, que quería decir ¡mamá, tengo miedo! su mamá lo empujó suavemente con la nariz antes de decirle no te asustes, Leónidas, la oscuridad es buena porque si sólo hubiera luz, podrían atacarnos manadas de lobos salvajes y de hienas. Piensa que la oscuridad nos protege. Su papá fue a donde estaban y contó un cuento para que se durmiera.

Pasados unos meses --hay que recordar que el león crece más aprisa que los humanos--, Leónidas adquirió un pelaje dorado y una larga melena. Cuando los de la manada se volvieron a verlo, ya era de los más grandes. Preguntó a su padre si el león era el rey del mundo.

--Sí --contestó--. No hay nadie que se le compare.

--Sólo el hombre --dijo su madre.

--¿Es más grande y fuerte que el león?

--Bueno, no, un ser humano es menos grande, menos fuerte y veloz, menos flexible y resistente que la mayoría de los animales, pero es astuto y con la astucia domina a todos. Tiene poca fuerza, pero piensa en todo y todo lo observa. Así ha conquistado el mar, las montañas, la tierra y sus habitantes. Con trozos de madera ha construido poderosas embarcaciones sobre las que cruza los mares y puede dar la vuelta al mundo. Es capaz de volar y de hacer volar a cientos de hombres en sus naves. Ha domesticado caballos, perros, monos, elefantes, vacas... de modo que si llegas a verlo, corre a refugiarte a la cueva.

El joven Leónidas dijo clá'que no, lo que haré es desafiarlo.

Por consejo de un pato, Leónidas se propuso derrotar al hombre para liberar al reino animal. Buscó hasta encontrar a los mencionados caballo, perro, vaca, elefante, camello y al final habló con un mono aullador o zaraguato. Todos le dijeron huye del hombre. Es débil, pero cruel y vence a todos. No lo creyó y continuó buscando. Cierta día vio a lo lejos a un ser extraño llevando de un lugar a otro tablas y artefactos de fierro. Ignoraba quién era porque nunca había visto a un ser viviente igual. Le preguntó:

— ¿Acaso eres un hombre? —Era feo, inseguro y débil. Leónidas pensó que caminaba de modo extraño y lento debido a que sólo usaba dos patas. Cuando respondió sí, soy un humano, dijo ¿y a dónde llevas eso?

— Son materiales y herramientas para construir la casa de la pantera.

— ¿La casa de la pantera? ¿y por qué le construirás una casa a la pantera?

— Porque es un animal muy rápido y muy fuerte. Me puede matar si no lo obedezco.

Leónidas lanzó un rugido que estremeció cada hoja de los árboles de la sabana.

— Yo soy más fuerte que la pantera, así que te ordeno que la casa sea para mí.

El hombre dijo muy bien, trabajaré para ti, y sí, trabajó muchos días hasta que la tuvo lista. Después fue a decirle entra, entra, Leoncito, aquí tienes tu casa.

A Leónidas le encantó, cruzó el umbral y entró, pero ya no pudo salir. El hombre puso un cerrojo y lo dejó dentro. En ese momento se le reveló por qué el mundo entero le temía.

— A mí me nombraron rey de la vida salvaje —le advirtió Leónidas—. Te haré pagar.

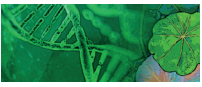
El hombre vio que Leónidas iba a morir peleando, aunque todo estuviera en su contra.

—Para mí —dijo el hombre—, la valentía es el valor más grande. Reconozco que eres un valiente y te propongo un pacto. Si prometes no emplear tu enorme fuerza para lastimarme, abriré y quedarás libre.

Leónidas puso los cojines de su pata sobre la sien para pensar. Podía ser otra de las trampas de aquel malvado.

—Mi padre león y mi madre leona me enseñaron que debía ser prudente y alejarme de tus mentiras. Los desobedecí. Ahora no tengo más remedio que arriesgarme...

En cuanto oyó la palabra acepto, el humano quitó el cerrojo y corrió a esconderse entre las ramas de un árbol. Leónidas salió. Caminó despacio. Al verse libre, enten-



dió también que un humano puede ser bueno y entonces corrió, corrió y corrió durante muchas horas hasta que por fin llegó a la cueva, convertido en un joven león más sabio del que era cuando salió a desafiar al mundo.

